

Germán Gullón

“No existe un estándar de oro para establecer el valor de la literatura”

Empezaré relatando un par de breves historias. Ambas datadas en Asturias, en el verano de 2018. Cuando llegué a mi casa en julio, unas abejas habían instalado su enjambre en el tejado. Vino un experto, Ismael, y me libró ellas. Me contó, y este es el punto de la primera historia, que trabajaba de panadero autónomo, de lunes a sábado durante treinta y tres años, y que sólo había disfrutado de quince días de vacaciones, una semana cuando se casó y otra cuando tuvo al primer hijo. Por supuesto, él se paga la contribución de autónomo a la Seguridad Social. Recordé entonces las quejas de compañeros universitarios cuando les pedía que vinieran tres días por semana a la facultad. La segunda historia, muy de otro tono, tiene que ver con un suceso ocurrido por las mismas fechas. Me desperté un día a las dos y media de la madrugada, mi dedo gordo del pie izquierdo se había acalambrado, y estaba estirado hacia arriba. Me dolía mucho. Los quejidos alertaron a mi mujer, que me dijo, a que tienes un calambre en el dedo gordo del pie izquierdo. Anda un poco y se te quita. Me acaba de pasar lo mismo. Pasee por la habitación y el dedo volvió a su posición natural. Mi mujer añadió, hala vamos a seguir durmiendo. No es nada. Son los duendes que están cabreados porque hablas de vender la casa, y vienen a incordiar. Es verdad, estaba pensando en vender la casona que ha estado en la familia ciento veinte años, y los duendes de tantas generaciones de familiares ejercen su derecho al pataleo.

Ambas historias son difíciles de contar por el medio predominante hoy en día, el visual. La palabra relata con economía de medios los hechos que se quieren contar, y permite hacerlo en los dos palos principales del relato, el realista y el idealista o legendario. Por ello, es esencial que nuestros estudiantes universitarios aprendan a contar historias, y entiendan de los modos de hacerlo y de las técnicas que permiten hacerlo de la una manera efectiva.

La inconsecuencia del canon

Cuando era estudiante en la Universidad de Salamanca en los años sesenta, los estudiantes de literatura vivíamos un mundo pleno de ilusiones, pues existía un canon literario que establecía un orden en nuestras preferencias. La sociedad lo respetaba, y nuestra misión como futuros docentes estaba clara. Treinta años después, en los años noventa, siendo director de departamento y profesor en la Universidad de California, en Davis, tuve que enfrentarme a los estudiantes que protestaban porque el *Lazarillo de Torres* y *El Quijote* eran textos racistas. Las apariencias, la identidad de un personaje, Cide Hamete Benegeli, oscurecían, junto con la ignorancia, la grandeza de la creación cervantina. Comprendí enseguida que las quejas de los estudiantes ocultaban el deseo de que sustituyésemos nuestras obras canónicas por las de la emergente literatura Chicana. Fue un tiro a la línea de flotación del canon literario español. Subsecuentemente, las literaturas latinoamericanas fueron sustituyendo poco a poco a la española en los programas de estudio. Es decir, que la literatura no se enseña por su valor, sino por las evocaciones identitarias que evoca. Las personas que entran en contacto con la literatura la cambian, la conforman a sus deseos.

Los libros de Harold Bloom sobre el canon gozaron de un cierto renombre e interés entre las gentes de letras. Algunos señalaron al grueso tomo de *El canon occidental* para decir: aprender literatura, aprender, ignorantes. Eso dicho en España resultaba sumamente ridículo, por varias razones. Entre otras, que era un libro dirigido a los profesores y estudiantes educados en los colegios privados del Este de los EE.UU., escuelas preparatorias para las universidades de la Ivy League, donde hay que entrar conociendo el canon denominado universal, compuesto por la *La Ilíada*, *La Odisea*, las tragedias de Sófocles, Shakespeare, etcétera. Bueno, cualquier lector del libro comprende enseguida que Bloom no tenía ni idea de literatura española, pues tocaba de oído. Probablemente inspirado en las notas que le asaba una colega suya de Yale, vecina de apartamento en Nueva York. María Menocal, excelente profesora cubanoamericana de literatura medieval italiana. No merece la pena entrar en los huecos de Bloom. Lo que sí creo que es importante en

este momento es advertir un aspecto de la literatura que parece que tenemos dificultades en comprender, sus mil caras.

Y aún más. Me refiero a que no existe un estándar de oro que permita establecer el valor de la literatura, y que por lo tanto conviene abordar la literatura, el campo literario desde un punto de vista alejado de todo esencialismo. La literatura no existe fuera de su ambiente, del campo literario, porque ella se diseña a sí misma. Es decir, los autores, los lectores, los profesores, los críticos, los editores, los impresores, los librerías, y, ahora, los algoritmos de Amazon, siempre están interactuando, y eso es lo que conocemos como la literatura, el espacio donde esos agentes tratan, viven, con la literatura. La variedad y riqueza con que los autores, los lectores, se comportan, sus modos de operación, establecen las reglas del juego en el campo literario.

Las definiciones de qué es la literatura, como la famosa de Jean Paul Sartre, sobre la importancia del compromiso para entender su misión, es sólo una respuesta parcial. Hay que entender que nos hallamos en un campo, insisto, donde predomina la interacción. Estudiar literatura debe consistir, en mi opinión, en la descripción de cómo los participantes en el campo de la literatura le dan forma, lo cambian, lo transforman, lo construyen.

Diez años después de mi encuentro con las demandas políticas de que cambiase el canon de estudios en la Universidad de California, y según observé en los cursos de MA y conferencias que imparto, el problema son los estudiantes de instituto y de universidad, en su calidad de lectores. Ya casi no importa el canon ni la identidad, sino la falta de atención de un grupo esencial de lectores de literatura, los estudiantes, pues de los depende la forma que adopte el campo literario. (Sian Cain "The problem is the reader": Howard Jacobson says the novel is not dead", *The Guardian*, 8-6-2018). En general, prefieren no leer, y si les piden estudiar obras literarias, suelen recurrir a los resúmenes que se encuentran en "El rincón del vago". La salud de la narrativa, en cambio, sigue siendo excelente, y hay escritores produciendo magníficos textos. Pero los alumnos no suelen estar interesados en la lectura, y aún menos en el análisis en profundidad de las obras. Y, por supuesto, prefieren las ficciones de intriga, las fáciles de leer, a las que requieren un mínimo

esfuerzo mental. Es como si el campo literario perdiera un enorme bloque de su masa.

La heterogeneidad del campo literario

El campo literario siempre ha sido heterogéneo, pero esa no es la cuestión. Tres grandes escritores españoles, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas *Clarín* y Marcelino Menéndez Pelayo, estudiaron en la Universidad Central de Madrid en la década de los sesenta del siglo XIX con el mismo profesor. El catedrático de lengua y literatura latinas Alfredo Adolfo Camús. Este hombre simpático, buen pedagogo, y un excelente conocedor de las tradiciones grecolatinas les instiló a los tres el gusto por las letras clásicas, por los estudios de humanidades. Gracias a su influencia Galdós conoció al dramaturgo romano Plauto, es decir, entró en contacto con el teatro realista latino, y Menéndez Pelayo se convirtió en defensor del estudio de las letras clásicas, enfrentándose a los ultras que lo consideraban peligroso. Sin embargo, los tres siguieron caminos bien distintos. Galdós se convirtió en nuestro mejor novelista moderno, autor de varias novelas extraordinarias, como *La desheredada* o *El amigo Manso*; *Clarín* se convertirá en un novelista excelente, y un crítico excepcional. Marcelino Menéndez Pelayo fue un magnífico polígrafo, pero nunca entendió la novela moderna, ni la de su buen amigo Galdós. Así pues, vemos que el campo literario tenía múltiples aristas, definidas por la manera en que los autores lo configuraran. Menéndez Pelayo defendiendo con uña y dientes el idealismo, Galdós y *Clarín* apostando por el realismo. Ellos luchaban por defender la suya propia como la mejor, pero yo digo, que ambas forman parte del campo literario, que debe ser nuestras preocupación y campo de estudio e investigación.

Pienso que las actitudes personales deben figurar en el diseño de ese campo literario. Los tres escritores exhibían conductas muy diferentes. Galdós tenía una afición a los amoríos notable, pero siempre *sub rosa*, a cencerros callados, como Juan Valera. Marcelino Menéndez y Pelayo gustaba de amoríos, la bebida, y no hacía ascos a las prostitutas, para escándalo de su gran amigo Valera. *Clarín* dejó en el tapete verde del Casino de Oviedo las rentas de sus esfuerzos intelectuales. Y no digamos en sus preferencias intelectuales. Menéndez gustaba de la filosofía tomista y neotomista, y de Luis Vives, o del gran filósofo Francisco de Suárez,

mientras Galdós y Clarín la ciencia del día, la experimental. También se separan en preferencias políticas. Menéndez conservador, Galdós y Clarín liberales. Todo ello, en última instancia conforma la literatura.

Otro aspecto importante en ese modelado de la literatura es la influencia del mundo editorial. Dejo de lado un aspecto muy complejo, el del compromiso moral que hacen muchos escritores que para verse impresos en papel acceden a que se editen trabajos suyos que no son exactamente lo que desearían ellos, sino lo que piden los editores. Atentos siempre a la caja satisfacen más a los lectores que gustan del mismo sabor, del conocido, que a los que quieren penetrar en galerías del alma desconocidas.

Un mundo editorial mercantilizado

Quizás el aspecto más sospechoso y menos comentado de la literatura es la influencia del mundo editorial. Yo le dediqué un libro hace más de diez años, *Los mercaderes en el templo de la literatura* (2004), que me ha dado grandes satisfacciones, pues numerosos editores afirmaron la verdad de los hechos allí contados sobre el comportamiento de los sellos editoriales. Hay aspectos que dejé sin abordar. Por ejemplo, el estado de euforia mental de un escritor cuando una editorial le acepta el libro. Generalmente, la dicha editorial pasa, en su estimación, a ser una extraordinaria institución. El editor, la editora, un genio, un apoyo, una persona con criterio. Por un tiempo, hasta que viene el desencanto.

Inevitable. Y gracias si te toca un editor que te dice de frente que no te va a publicar más obras, ni siquiera republicar aquella que vendió cientos de miles de ejemplares hace veinte años, en vez de marear la perdiz. Los editores no suelen ser gentes apasionadas por editar las mejores obras, fuera de algunos en pequeñas editoriales. El negocio editorial funciona en dos niveles al mismo tiempo, el de la dura realidad de los negocios, que se queda con los autores que venden y desechan a los que no venden, que funciona en paralelo al mensaje editorial, en el que los editores adoptan el lenguaje de las cartas dirigidas a los Reyes Magos. Recordemos que las editoriales traen mucho carbón y unos pocos regalitos.

Recuerdo que no estoy haciendo una crítica del sistema, sino que intento ofrecer unas pincelas descriptivas. Hace poco leía en *Jot Down* una entrevista a

Elena Ramírez, editora de Seix y Barral, donde ella comentaba con enorme candidez lo que sucede en las editoriales. Que los manuscritos que llegan a las editoriales sin padrino, es decir, enviados a la editorial sin recomendación, se les denomina "espontáneos". Por lo general, añado yo, jamás son hojeados por nadie. Siempre que he visitado las dependencias de una editorial me ha sorprendido la enorme cantidad de manuscritos que se apilaban en las estanterías de los editores. Nadie, por supuesto, los mira. Las editoriales compran los libros de diversas maneras, la más frecuente es que un agente literario, cuando tiene un libro de interés comercial organice una subasta entre las editoriales de peso, y que ellos deciden quién se lo queda.

Vuelvo un momento a afirmar lo dicho antes, que esto es la literatura. Definir a un autor como en la época romántica, a un tipo que montado en su pasión, armado de las bellas letras, se lanza a conquistar el alma de los lectores, carece de sentido alguno. Más vale, pienso yo, conviene quitar la venda de los ojos de los estudiantes, de los lectores, para que comprendan que la literatura no es un arte esencial, sino uno que construimos entre todos los agentes que nos relacionamos con ella.

Elena Ramírez luego, en la entrevista utiliza el lenguaje de pasión por la lectura, por el libro, Algo "dice" que no se puede aprender". "Trabaja con el material sensible de los escritores, con su potencial". Digamos que estas afirmaciones suenan a lugar común, a comentario romántico, de masterchef. Estos son los hilos rosas que aparecen en el campo literario.

Por cierto, los editores sensatos nunca se dedican a vocear sus éxitos editoriales, porque ellos cuando consiguen tener un éxito propio suele ser porque han dado en el blanco sin apuntar. La función de sus reclamos no dice nada de su talento, sino de la decisión, muy sensata, de que los libros, como la ropa no se vende en el arca. La literatura no existe porque es importante, sino porque existe un mercado.

La literatura en la universidad

El tema de la presencia de la literatura y de su estudio en la universidad la ha confinado durante más de cien años a la filología y a la historia literaria, impartida por los profesores y aprendida por los estudiantes. Esta literatura tenía un poco de

producto enlatado, alejado de la literatura viva, de la creación literaria, del campo literario. Los estudiantes más inquietos, entonces y ahora, complementaban la disciplina universitaria con la lectura de la crítica literaria, que aparece en periódicos y revistas. Los estudiosos de la literatura en el XIX fueron gentes como Amador de los Ríos, Manuel Milá y Fontanals, Gumersindo Laverde, Marcelino Menéndez Pelayo, los cuatro universitarios, mientras los mejores críticos de aquel tiempo fueron Manuel de la Revilla, *Clarín*, y Giner de los Ríos, que no estuvieron ligados a la literatura en la universidad. Sin embargo, cada uno a su manera afectó la configuración de la literatura de su tiempo. Unos pidiendo que se mirase a las estrellas, como Menéndez Pelayo, y otros que se atendiera al presente y a lo que sucedía en el mundo palpable. Los historiadores de la literatura valoraron las obras de acuerdo con concepción del papel que desempeña la literatura en la sociedad, los conservadores prefirieron el idealismo, y los liberales el realismo. El lector burgués instruido aceptaba la literatura realista, porque confirmaba su visión del mundo, progresista, mientras el lector conservador prefería vivir en el mundo seguro de lo conocido.

En los últimos treinta años, la universidad ha intentado refrescar los estudios literarios mediante la introducción de la especialidad de la teoría literaria, que no consiguió arraigarse, y en un intento de recatlarla, se extendió a la literatura comparada. Lo que pretendían estas disciplinas era armar a los estudiantes de conocimientos que les equipasen para enfrentarse la obra literaria bien armado, de conocimientos de narrativa, semiótica, de estudios culturales, pero la inercia de los estudios filológicos resistió con fuerza este empuje intelectual. Es mucho más fácil investigar temas cerrados en una hemeroteca que pensar sobre los aspectos que exigen reflexión, cuestionarse las premisas mismas del estudio.

Últimamente, las dos últimas décadas se pusieron de moda los talleres de escritura creativa, es decir, el intentar que los estudiantes aprendieran con la práctica de la escritura, que conocieran los resortes de la narrativa. En los que yo he participado los alumnos han sido excelentes, motivados. Lo difícil siempre es lo mismo, que los estudiantes aprendan, estudien las grandes obras de la literatura, la mejor crítica que sobre ellos se han escrito.

El problema viene dado por la misma literatura. La literatura es el campo que nosotros hacemos, y los que lo construyen, en el tiempo presente, no pretenden meterse en asuntos intelectuales, sino en la superficialidad del tiempo presente.